

pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegraos pues en el Señor, hermana mia, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando con sus gracias en la tierra los adoradores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir los misteriosos caminos de la Ciudad Santa, y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva; andaréis tambien por una carrera de triunfos, las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion; y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebate anticipándoos en cierto modo, aun ántes de haber dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.



ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO

DE

MICHOACAN,

PREDICADA

en la Santa Yglesia Catedral de Morelia el 12 de Noviembre de 1850,

por

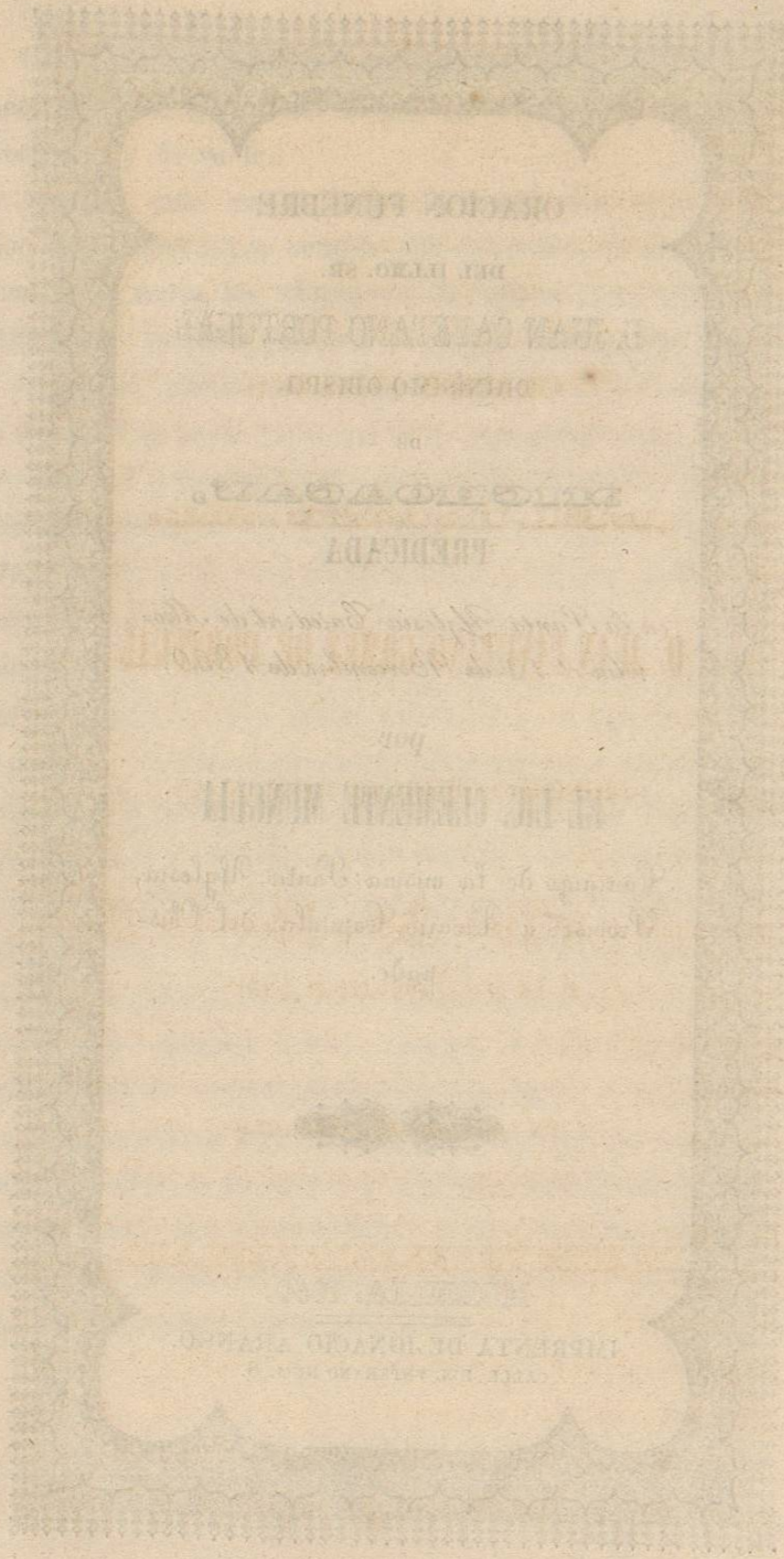
EL LIC. CLEMENTE MUNGUA

*Canónigo de la misma Santa Yglesia,
Provisor y Vicario Capitular del Obis-
pado.*



MORELIA: 1850.

IMPRESA DE IGNACIO ARANGO,
CALLE DEL VETERANO NÚM. 6.



ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

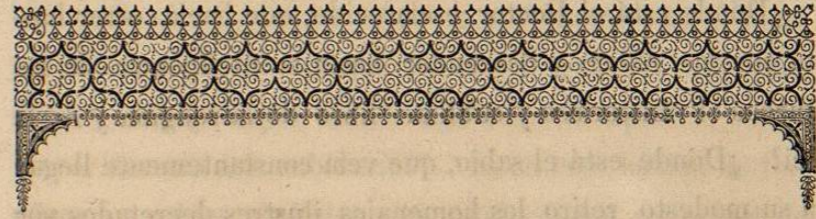
D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN,

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia
el 12 de Noviembre de 1850,

EN LAS HONRAS FÚNEBRES

DE ESTE VENERABLE PRELADO.



Præterit figura hujus mundi.

I. CORINT. VII, 39.

Pasa la figura de este mundo.



II E aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos; la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria; el colorido verdadero de esos fantasmas seductores, que subyugando la imaginacion esclavizan la existencia, el terrible y soberano resumen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos..... Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pueblos, parecia multiplicar los panes para saciar á la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moises, por el reflejo de Dios, persuadia la virtud ántes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mejicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazon; mas nuestros ojos que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida, y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, señores, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos el mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

¡Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad!

“Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífico monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?”¹ Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿porqué te consagraste con tanto afan á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: ¡triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imágen fugaz, una figura que pasa rápidamente, para nunca volver!

Pero qué, ¿el oráculo del Apóstol proscribe para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Señores: si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebató su imágen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como tambien el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas tristes solemnidades liquidan el corazon y bañan de lágrimas los ojos. Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vida por morada un campo vastísimo de tribulacion y de llanto; mas esa pira denuncia un gran misterio, es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiem-

¹ Ecles. Cap. II, v. 15.

po, é inclinando nuestra frente ante el *Supremo Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Sí, señores: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí tenéis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo sus basas reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le veis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triunfo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, señores, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir, el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmolando en la nada cuanto mas grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatarse al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que dejando atras los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aereas de este mundo que pasa, como dice el

Apóstol, no tiene á donde volver su corazon cuando le falta un objeto querido! ¡venturoso mil veces el que, viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazon hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprendible y Eterno de donde emana toda la creacion!

¡Qué me resta pues, sino llamar el triste acontecimiento á la region de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi heroe colocado ya en la eternidad? La Santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro, miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atraen muchas lágrimas á su postrimera mansion, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas, que solo vivian de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza, y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que para valerme de la expresion del sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajaron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendicio-

nes, salvando así su nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo. ¹

Bajo este punto de vista, señores, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO Y CARDENAL *in pectore* ² por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX.

¿Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoy nuestras lágrimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designio cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designio, señores, nunca brilla con caracteres mas espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre funda en ésta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de or-

¹ Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, proderit illi. Ecli. XXIX, 13.

² Véase la nota A, al fin de esta oracion.

dinario á las glorias de la religion, las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables, como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, señores, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imagen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado más en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, señores, probaros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo sí dirigiros.